

Perspectiva de Género y ¿las masculinidades?.
Reflexiones en torno a un libro sobre Masculinidad y Violencia conyugal.

Por Juan Carlos Callirgos

Presentación

Hace varios años, Patricia Ruiz Bravo escribió un sugerente balance de los estudios de género en el Perú que culminaba en un llamado a empezar a indagar y conocer "la otra cara de la moneda". En efecto, Ruiz Bravo consideraba que el afán de denunciar la exclusión y dominación de las mujeres en la sociedad peruana, había dado un inicial impulso a investigaciones sobre "la mujer en el Perú".

La perspectiva de esos estudios se enriqueció con la introducción del concepto de género: pensar en las diferencias entre mujeres y varones como construcciones culturales impuestas a partir de diferencias físicas permitió prestarle atención a temas como la socialización, la construcción de identidades y roles y, en general, a descubrir los artificios culturales que fomentan jerarquías, injusticias y dominaciones.

Al centrarse en las maneras en que aprendemos a ser hombres y mujeres y en las elaboraciones simbólicas que nos hacen entendernos y construir nuestras vidas y percepciones como tales, los estudios de género abordaron los discursos producidos por las diversas agencias de socialización, como el hogar, la escuela, el barrio, los centros laborales, las iglesias y los medios de comunicación, que (re) producen elaboraciones simbólicas que interiorizamos e incorporamos (hacemos parte de nuestro cuerpo).

Concepto de Género y ¿masculinidades?

Ruiz Bravo remarcaba, sin embargo, que la introducción del concepto de género no había logrado ampliar la perspectiva de los estudios hacia la masculinidad: dejar de lado a los varones seguía haciendo imposible entender las relaciones de género, formándose imágenes maniqueas de las mismas. Las mujeres terminaban percibidas como víctimas del mundo patriarcal, los hombres como causantes de todas sus desgracias, y el mundo dividido en hombres que gozan y mujeres que sufren.

Quienes recogimos el llamado de Ruiz Bravo e intentamos comprender las masculinidades, partimos de ese deseo de trascender las imágenes dicotómicas y maniqueas que identificaban a las mujeres como víctimas sufridas y a los hombres como verdugos orondos, gozadores de su poder.

Nuestras primeras investigaciones nos hicieron reconocer que, si bien existen

desigualdades de poder, que en general otorgan privilegios y beneficios a los hombres y subordinan a las mujeres, a los hombres también les son impuestas pautas rígidas que cercenan parte de su humanidad: esa parte que es etiquetada como femenina (el mundo de los afectos, emociones), cuya mutilación acarrea grandes costos psíquicos que marcan la manera en que nos relacionamos con los demás y con nosotros mismos.

Descubrimos que los mandatos recibidos por los hombres promueven maneras de relacionarnos (competir, ganar, aguantar, asumir riesgos) para demostrar que somos “verdaderos hombres”, y que esas exigencias significaban pesos muy grandes que se cargaban para ser aceptados socialmente.

El concepto de género nos permitió apreciar como se limitaban, tanto a hombres como mujeres, ciertas capacidades humanas, mientras se potenciaban otras.

A propósito del libro “Masculinidad y Violencia Conyugal. Experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco”

El libro de Miguel Ramos “Masculinidad y Violencia Conyugal. Experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco” es un gran paso adelante en ese sentido. El tema podría prestarse a una mirada maniquea, pero la formación teórica, la sensibilidad, y el rico acercamiento empírico del autor hacen que intente comprender el fenómeno de la violencia conyugal de manera integral, reconociendo la humanidad del que arremete, sin que eso implique complicidad con él.

Comprender, en palabras de Ramos, “nos permite descubrir con evidencias que el ejercicio de la violencia, si bien produce terribles secuelas en la vida de mujeres y niños forma parte, a la vez, de un proceso doloroso en el cual están envueltos también los mismos agresores y que empobrece la vida de todos los seres humanos”. Comprender al ser humano implica también trascender las miradas parciales, extremadamente coherentes, que asumen continuidad entre discursos y acciones.

El libro de Ramos se acerca al mundo ambiguo, incoherente y hasta contradictorio de diversos hombres, quienes reciben por diversos medios, mensajes diversos, contrapuestos y contradictorios sobre lo que significa ser hombre y de lo que se espera de uno en sus relaciones de pareja.

El libro es complejo, como lo es el tema. Ramos toma el difícil camino de la comprensión, evitando una mirada unidimensional que uniformice las experiencias de sus informantes. De esta manera, da cuenta de los “espacios contradictorios, inseguros, siempre en tensión” que configuran las relaciones de género y que configuran diferentes experiencias de masculinidad y de relaciones de pareja. Así, el libro permite ver que nos encontramos en un campo discursivo plagado de ambigüedades. En donde coexisten condenas a la violencia con permisividad hacia la misma. En el que mujeres comparten, también ambiguamente, el

imaginario que las subyuga y que, al mismo tiempo, resisten. En el que la ausencia de violencia no necesariamente implica el imperio de concepciones y relaciones igualitarias y en el que hombres y mujeres vamos ejecutando, en gran medida, una suerte de malabarismo para mantener cierto equilibrio entre discursos contrapuestos.

En el contexto de relaciones desiguales, no hay vencedores ni vencidos. Decirlo no es caer en el cinismo de negar que las mujeres lleven la peor parte en las maneras en que se estructuran las relaciones de género y en cómo se viven cotidianamente las relaciones entre hombres y mujeres.

La violencia llega a tales extremos que no es exagerado hablar de una violencia sistemática en contra de mujeres ni de un creciente feminicidio (el número de mujeres muertas por sus parejas o ex-parejas parece aumentar sostenidamente). Pero el libro de Ramos revela que tampoco existen hombres orondos que gozan de su situación privilegiada.

La socialización de los testimoniantes ha impuesto la negación de sentimientos como el miedo, el dolor, la tristeza, la ternura, el afecto y la compasión, impidiéndoles reconocer sus propios sentimientos. Esto los convierte en verdaderas ollas a presión, que a punto de ejercer violencia contra ellos mismos, terminan desplazándola contra quienes están más cerca y, además, quieren, pero a la vez ubican en una situación inferior o indefensa.

Los hombres entrevistados por Ramos no tienen vías de comunicación efectivas porque no hay un reconocimiento de la humanidad del otro y, por lo mismo, un reconocimiento de su propia humanidad. Y nótese que la aseveración puede ser formulada de manera inversa. Esta violencia, dice bien Ramos, otorga una vivencia temporal de dominación, pero es expresión de la propia debilidad del poder masculino: “una jerarquía que estuviera legitimada no tendría que hacer uso de la fuerza para imponerse”. La violencia es expresión de dominación, más que de poder.

Los testimonios cuestionan los planteamientos de que existe un sistema de género coherente en el que existen hombres poderosos que obtienen únicamente satisfacciones y beneficios de sus relaciones. En el fondo de la violencia hay inseguridades, temor a no ser queridos, imposibilidad de confiar en el otro (continuas dudas: “de repente ella me miente”, dice José), y dudas sobre ellos mismos y los demás. La violencia, como medio para superar esos temores y dudas, tiene sólo un efecto efímero, que no hace sino profundizar las inseguridades.

El sistema, entonces, aparece como poco sistemático. De un lado, los mensajes son contradictorios y ambiguos, de otro, el que intenta ejercer la dominación, obtiene a lo sumo un placer sádico, pero temporal, que no llena vacíos, sino que los profundiza. Cuando se habla de la existencia de un sistema de género, se hace alusión a un campo de relaciones productivas que estructura relaciones en

cierto modo estandarizadas. El problema con la noción es que no permite percibir las incoherencias existentes, especialmente en momentos de cambios discursivos, en los que el campo es difícilmente definible y en el que las relaciones no están necesariamente estandarizadas (si alguna vez lo estuvieron). La diversidad de los hombres entrevistados por Ramos, sus distintas historias, revelan las ambivalencias propias de vivencias diferentes, de distintas socializaciones, en las que convergen pautas y mandatos que no siempre calzan entre sí. La dominación se ejerce de maneras diversas, muchas veces sin hegemonía —por ello la violencia— y sin llegar a producir un “orden” coherente y sistemático.

Por lo mismo, el libro de Ramos invita a discutir que qué sentidos las relaciones de género conforman y son conformadas por un sistema. Pero también invita a discutir las definiciones de poder y violencia. Piénsese en situaciones “no violentas” en las que la hegemonía masculina se reproduce: los casos de dominación socialmente aceptada en los que se logra la sumisión completa, en los que se configuran relaciones desiguales. Piénsese en esos “hábitos normativos sociales” en donde la paz está asegurada por el poder hegemónico invisibilizado.

La violencia de la que trata el libro de Ramos es la punta visible de un iceberg de sumisiones silenciosas, muchas veces vistosamente cubiertas en envolturas de cortesía, buenos modales, y romanticismo, aunque también de resistencias abiertas y silenciosas y manipulaciones en los márgenes e intersticios de las normatividades sociales.

El libro de Miguel Ramos suscita múltiples reflexiones. Quienes lo lean, estoy seguro, aprenderán mucho de él y, seguramente, se verán también reflejados.

Para eso parece haber sido escrito: no para condenar a los hombres violentos, sino para invitarnos a reflexionar sobre ese complejo campo discursivo en donde tratamos de darle sentido a nuestras vidas y de esa manera, a transformarlo.

Sobre el autor

José Carlos Callirgos es docente de la Universidad Católica del Perú